

Cultura

Rosa Regàs, escritora, publica 'Un legado'

“Lo importante es hallar el camino de la libertad”

kioskoymas#r.

kioskoymas#r.lozano@u

ENTREVISTA

LLÀTZER MOIX
Llofriu. Servicio especial

Cumplidos ya los 90 años, la escritora Rosa Regàs encara el último tramo vital en su casa de Llofriu, cubierta por la hiedra y rodeada por los árboles que le han regalado sus amigos a lo largo de medio siglo. Allí ha conversado con Lidia Penelo para armar el libro *Un legado* (Navona), donde revisa su vida, que empezó con la disgregación familiar y el exilio, y que siguió como joven madre burguesa, universitaria, editora, impulsora de una revista de arquitectura, funcionaria internacional en Ginebra y otras ciudades o directora de instituciones culturales de primer nivel en Madrid, para terminar como escritora de una veintena de libros. Es en esa casa ampurdanesa donde Regàs recibe a *La Vanguardia*, sentada en una silla de ruedas y con alguna dificultad de expresión. Pero movida aún por la voluntad y el carácter de la mujer libre que decidió ser en pleno franquismo.

Abre usted el nuevo libro con esta cita: “Tiempo no hay nunca, pero lo que hay que hacer, hay que hacer”. Usted ha disfrutado de una vida larga y plena. ¿Le ha faltado tiempo?

Sí. Tengo muchas cosas pendientes. No me refiero a cosas no terminadas, sino a otras que no me dio tiempo de descubrir.

Mirando atrás, ¿de qué se siente más satisfecha?

Depende de los días. Hoy algo puede parecerme muy satisfactorio, y mañana una tontería.

¿Quizás de haber sido una mujer libre, cuando eso no se estilaba?

Desde luego. La libertad fue para mí un objetivo central. Pero unos días pienso que daría toda la vida por ser más libre y otros pienso en los millones y millones de personas que quieren ser libres y no lo serán nunca. Quizás sea que todavía no he descubierto el sentido de la vida.

Pero en ningún caso se arrepiente de haber luchado por la libertad.

Por supuesto que no. Ser libre da un tono a tu vida, pero que un día hagas las cosas bien no es lo más importante. Lo importante es el esfuerzo para conseguirlo.

Dice que las cosas no son como son, sino como uno quiere que sean. No fue así al principio.



Rosa Regàs, en una foto reciente tomada en su casa de Llofriu

YOLANDA BASSAT

No. Pero en mi vida adulta, sí. Una cosa es que las cosas estén bien y otra diferente es que siempre vaya a ser así. Cuesta llegar. A todo. A veces llegas y te das cuenta de que no es lo que esperabas. A veces crees que has hallado el camino de la libertad. Con eso debería bastar, es lo importante.

¿Hace falta desobediencia y arrojo para lograr la libertad?

A mí me ha hecho falta de todo. Esas son herramientas que hay que tener. Si un día te das por satisfecha y crees que ya lo tienes todo, te puedes equivocar. Hay que seguir trabajando siempre para ganar en libertad, en bondad... y en humildad, que por cierto nos hace mucha falta.

¿Hay otras herramientas?

Sí. La inteligencia va bien. Me parece inteligente comprender la propia manera de vivir, comprender los propios defectos o la bondad de la gente, compren-

der la falta que te hacen los tuyos. Si no sabemos apreciar lo importante que es la humildad para tu bienestar, la tuya y la de los demás, entonces no hay modo de avanzar. Y si te quedas quieta en una silla la vida puede ser una estupidéz.

“

**El esfuerzo
Lo importante
no es hacer las cosas
bien, sino el esfuerzo
para conseguirlo”**

¿Qué parte de su experiencia vital, cuando ya regía su destino, le deja menos satisfecha?

Hay aspectos de los que no estoy satisfecha. No voy a ocultarlo. Debes recordar que quizás no has escrito el libro que querías, ni has ganado todo el dinero que necesitabas, ni has en-

tendido ciertas relaciones. Todo eso puede llevarme al mal humor, y a verlo todo mal. Pero luego me vuelvo a animar.

Pasó once años, de los 6 a los 17, en internados.

No fue la mejor etapa de mi vida. Pero eso fue algo que me pa-

**“En mi mando yo”
“Mi hermana decía ‘en mi mando yo’; soy del mismo parecer, guste o no lo que hago”**

só y que me obligó a buscar una salida. Estoy orgullosa de ser hija de la Guerra Civil, incluso de haberla perdido, porque sé que estaba en el bando acertado. La guerra nos destruyó a todos, y más a los perdedores.

¿Qué balance hace de la familia que ha construido?

Estoy también orgullosa de eso. Tanto, que me puedo poner a llorar. Mi idea de la familia está muy unida al bienestar de todos, hermanos, hijos y ahora nietos. He dicho muchas veces que, cuando nuestra familia se desmembró, mis hermanos fueron mi patria. Xavier, Georgina, Oriol. Algo similar me ha pasado con los hijos. Estoy contenta de haberme casado, porque ese era el camino para formar una familia como la que tengo.

Se casó, tuvo cinco hijos, se separó, tuvo otras relaciones... Pero nunca se volvió a casar.

Amé a otras personas, pero pensé que con una boda bastaba. Yo tenía proyectos y me pareció que no podría atenderlos si me dedicaba a un nuevo marido tanto como al primero.

¿Qué fue lo principal que quiso transmitir a sus hijos?

Que lo importante era lo que debía salir de su interior. Que debían descubrir lo que querían hacer. Y que no debían detenerse. Equivocarse no es tan grave: lo reconoces y vuelves a empezar, a tu manera. Mi hermana Georgina repetía la frase “en mi mando yo”. Se la oí por primera vez siendo muy jóvenes, alguien le criticó el peinado y ella replicó: “En mi mando yo”; soy del mismo parecer. Me da igual si gusta o no gusta lo que hago.

Cuando empezó a estudiar Filosofía y Letras, ¿tenía una futura profesión in mente, la de editora, por ejemplo?

No. Lo que quería era trabajar, hacer cosas y hacerlas bien.

¿Por qué fue tan importante para usted Carlos Barral?

Fue la persona más importante que conocí antes de los 35 o 40 años, y ha sido injustamente tratado. Me ayudó a buscar, a desprenderme de lo innecesario. Después fue importante porque me enseñó el oficio editorial.

¿Cómo consiguió reunir, en La Gaya Ciencia, fundada en 1970, a autores como Marías, Benet, De Azúa?

Los lei y supongo que los entendí. Alguno quizás pareciera pedante, pero se empeñaban en buscar y encontraron. Y a mí me ayudaron a buscarme y a buscar un mundo por hacer.

Fue la editora, a partir de 1973, de Arquitecturas Bis. ¿Qué le atrae de la arquitectura?

Hacerla. Por ejemplo, haber hecho esta casa, a partir de una pequeña construcción.

Me refería a qué le atrajo en términos genéricos.

Continúa en la página siguiente



LORIS OMEDES

“La escritura me ha producido satisfacción, porque ayuda a descubrir las razones que llevas en tí”, dice Regàs

“He vivido como si fuera a vivir 60 años, en lugar de 90”

Viene de la página anterior

Eso está asociado a los grandes profesionales que contribuyeron a hacer *Arquitecturas Bis*. Moneo, Bohigas, Correa... o el diseñador Enric Satué, un genio que el país no ha reconocido como merece. Disfruté mucho con la arquitectura.

¿A qué atribuye la descripción “musa de la gauche divine” que ha recibido en ocasiones? ¿Se reconoce en ella?

Se equivocan. No lo era. O lo eran todas las mujeres de la *gauche divine*, ya fueran Beatriz de Moura, Teresa Gimpera o yo misma. Éramos mujeres que trabajábamos, algo en nuestro entorno no tan común como ahora. Necesitábamos dinero para los hijos, para mantener las casas.

Acaso esa descripción tuviera que ver con lo que decía García Márquez: “Rosa Regàs, qué buena estás”.

Que te dijeran ese tipo de cosas iba bien. Si eras guapa, mejor. Tener buen tipo ayudaba, pero no era lo más relevante. El concepto de belleza cambió en esos años. Se podía ser más o menos guapa, pero no te aceptaban por eso, sino por lo que aportabas.

¿Por qué dejó Barcelona y se fue a trabajar fuera de España?

Es duro hacerlo, pero lo diré como lo veo: sentí que una parte de mis compañeros de profesión editorial me habían traicionado.

¿Qué aprendió trabajando en organismos internacionales en Ginebra?

Acabé de aprender el francés y el inglés, aprendí a traducir, me acerqué a la interpretación como traductora

simultánea...

Luego llegaron los cargos en Madrid. ¿Qué objetivo tenía como directora de la Biblioteca Nacional? He vivido abierta a lo que la vida me podía ofrecer, muy atenta, como si la vida en lugar de ir a durar 90 años durara solo 60. Mi objetivo era que la institución funcionara lo mejor posible.

Aparte de sus diferencias con el ministro César Antonio Molina, que precipitaron su cese, vivió también un ambiente político enrarecido, en el que tomó partido y se significó,

“En los años de la ‘gauche divine’ cambió el concepto de belleza; te aceptaban por lo que aportabas”

convirtiéndose en diana de la derecha mediática. ¿Volvería a hacerlo? Claro que sí. Y aun más, si fuera posible. A pesar de lo que me atizaron. Las situaciones que yo denuncié me parecían tan injustas que creo que solo una persona cien veces más tonta que yo no las hubiera afrontado.

Suele decir que este país no tiene solución. ¿Por qué?

Porque no la tiene. La gente nunca tendrá la mayoría de cosas que quería tener. Eso puede traer problemas. Y yo me incluyo en la gente.

Compró esta casa en Llofríu en 1975 y se instaló definitivamente en ella en 1994, sola, tras vivir en tantas ciudades. ¿Por qué?

Quise centrarme en la escritura.

Dice que la soledad es más una bendición que un tormento.

Porque te ayuda a dejar de ser quien pensabas que eras. Y a saber qué es lo que quieres hacer, qué es lo que quieres descubrir, por donde quieres avanzar.

¿Qué satisfacciones le ha reportado la escritura?

Una satisfacción enorme, porque escribir es descubrir las razones que llevas en tí. La reflexión interior es un camino de conocimiento.

Mencione algún escritor al que haya admirado.

Gabriel García Márquez, sobre todo cuando empecé a escribir.

A lo largo de su vida ha tenido grandes amigos, pero también se ha enfrentado a compañeros de profesión, agentes literarias, ministros, personas de otras ideologías... ¿Diría que tiene un carácter fuerte, o incluso difícil?

Sí creo que alguien está enfrentado a mí, no suelo tenerle miedo. Tampoco mis amigos son miedosos. Puedo ser un poco gruñona, pero eso acaso se deba a que mi fuerza es la voluntad. Y la voluntad requiere carácter para defenderla.

¿Son esos enfrentamientos un precio que se paga por la libertad? En mi caso, creo que sí.

¿Qué rutinas sigue ahora?

Me impongo rutinas todos los días. Cada mañana me levanto como si no tuviera nada que hacer y me trazo un plan. Otra cosa es que lo cumpla. Da igual, creo en esos planes, quizás no sean de gran utilidad, pero me tienen en marcha. Nado en la piscina, camino en la medida de mis posibilidades, ahora pocas. Hago ejercicios. Todo eso me complace.

¿Cómo lleva lo de ser nonagenaria y sufrir achaques?

No es que lo lleve bien, pero tampoco mal.

¿Cómo lleva lo de estar más cerca de la muerte?

Tampoco lo llevo mal. Y si en algún momento siento la tentación de quejarme, trato de pensar que podría estar peor de lo que estoy. Quizás tenga menos preocupaciones de las que debiera tener en mi situación.●